

LEY VII.

Generalmente hablando, no es crítica justa y recomendable en este género de literatura, sino la que se funda en un modelo ideal, fruto de la exacta observacion de la naturaleza universal, y del exámen y cotejo de muchos buenos modelos existentes, y juntamente de una teórica de principios bien regulada.

Juzgar la belleza de las piezas de literatura solo por los preceptos, seria, como acabamos de demostrar en la ley antecedente, condenar por las reglas lo que aprueba el *buen gusto*, ó aprobar lo que él reprueba: seria poner en la misma balanza lo bueno y lo malo, lo mediano y lo excelente. Así tambien juzgar por uno ó por otro modelo particular, como se declaró en la ley IV y V, las bellezas ó defectos de un poema, seria autorizar los defectos de un autor con los defectos de otro; seria negar las virtudes de uno, por las que á otro faltaban, y dar por imperfecto lo que solo tiene perfecciones diferentes; pues ni todo lo que Homero escribió es excelente, ni todo lo que faltó á Homero deja de serlo, ni será imposible á otro ingenio.

¿Por ventura será una cosa reprehensible, solo porque es nueva, ó sin ejemplar? Tal poema nos ofrece un plan feliz, cuya ejecucion salió infeliz: otro tal manifestará una bella ejecucion de un plan muy imperfecto é irregular, y no será muy dificultoso darle á Homero por patrono. *Luego solo la observacion de la naturaleza, y la combinacion de todos los modelos existentes, justificada por las reglas constantes, puede suministrar á un crítico un cierto modelo ideal de la perfeccion decisiva en este género de literatura: y consiguientemente, solo lo que en este género parece conforme ó contrario á este modelo ó primor ideal, se puede tener con seguridad por defecto ó belleza decisiva.*

PARTE II.

REFLEXIONES SOBRE EL POEMA DEL FELIZ INDEPENDIENTE.

§ I. — *Del juicio que se debe formar sobre este poema considerado en general.*

Si es constante y evidente que no se debe juzgar una obra por solo las reglas arbitrarias de los comentadores, ni segun las máximas in-

¹ Horac., epist. I, lib. II, v. 90.

² Plurium bona ponamus ante oculos ut aliud ex alio haereat, et quo quidque conveniat aptemus. (Quintil., *Inst. Orat.*, lib. X, c. 2).

discretas de críticos subalternos: si solo son firmes é irrefragables las leyes de la crítica juiciosa, como habemos persuadido, ¿qué juicio, para que sea cabal, deberémos formar de la obra que sirve de objeto á este discurso? ¿Por ventura es una historia? ¿es un romance? ¿ó verdadero poema épico? ¿Está conforme con las reglas, conforme á la *crítica vulgar*, ó conforme á la *crítica juiciosa*?

Dejemos para la instruccion de la juventud las nociones elementales que sirven para discernir la epopeya de la historia, del romance, y de cualquier otro género de composicion. Bien se sabe que la historia no representa los ejemplos de la vida humana, sino tales cuales ellos son, ó imperfectos ó comunes. Ella tiene á nuestro espíritu como encarcelado en una especie de esclavitud, estrechándole dentro de los límites del mundo real. No es así la poesía, y especialmente la poesía épica, en donde el espíritu humano se ensancha, se dilata de modo, permítaseme decirlo así, que se pasea con libertad, y goza de su elevacion hasta en las vastísimas regiones del mundo posible. (Bacon, *Organ.* l. 4). Pero no, no entra en la idea del poema épico el romance ó novelas; pues estas traspasan los límites, no solo de la verdad, sino de la verosimilitud, y de lo moralmente posible.

Ciñámonos, pues, al único punto de la cuestion: si el *Feliz independiente* es un verdadero poema épico. Primeramente el poema épico en prosa es una obra hecha para instruir y deleitar con todas las bellezas posibles de la poesía. Originalmente fue compuesto en verso para ser cantado. Mas, por ventura, ¿el lenguaje de la Iliada ó de la Eneida, suelta de las prisiones del metro, no seria muy á propósito para formar otra Iliada ú otra Eneida salvando el decoro, la gravedad y nobleza del género, del héroe, de los actores y de la accion, etc.?

Las epopeyas en prosa son un nuevo invento, en que disputa la prosa á la poesía todos los privilegios que el asunto permite: hallazgo debido al ingenio de los nuevos artistas, artistas filósofos, que conociendo los fueros de la libertad del espíritu humano, supieron extender el pequeño círculo de las ideas de los antepasados, creando, ó nuevos objetos, ó nuevas formas de los objetos conocidos. ¡Ah y qué distinta atencion merecen estos generosos aventureros, respecto de la república servil de los imitadores!

Los idólatras de la antigüedad creen que la epopeya es narracion de una accion que canta una musa, y en este supuesto juzgan que la proposicion y la invocacion son indispensables. Los antiguos poetas las debían tener como partes del aparato; los que vinieron despues

las practicaron por imitacion ; pero los que han escrito poemas en prosa , que ni han de ser representados , ni cantados en los teatros , se juzgaron con razon dispensados de inquietar las Musas del Parnaso antiguo , para que los lectores inteligentes los crean inspirados. Supongamos enhorabuena al poeta inspirado ; mas la verdadera y mas bien entendida inspiracion no será otra que un vivo interés de la materia , una sensibilidad del alma del poeta sobrepujante , y una imaginacion excitada de la grandeza de su objeto. Cuando esto se descubre en un poema , entonces creemos sin preocupacion que el Dios del númen asistió al poeta. Sin esto , ni creo , ni entiendo inspiracion alguna , ni me lo persuaden mas diez ó doce líneas que escriba el poeta , inculcándose en su pretendida inspiracion.

Así todo lo esencial de la epopeya consiste en la narracion ; como lo esencial de un sermon se reduce á las pruebas del asunto , y á las partes mayores y menores de esta especie de narrativa : todas las cualidades de la epopeya , las mas recomendables para los fines que llevamos dichos , son las partes que contribuyen á una epopeya perfecta.

Si consideramos la diversidad de las escenas que se representan en este vasto teatro , no hay mas que discurrir ni desear de lo que felizmente se encuentra en el *Feliz independiente*. Es tan encantado su artificio , que la imaginacion del lector desde que empieza á leerlo , se pone en un continuo agradable movimiento , y ya no descansa su curiosidad sino para continuar con nuevo esfuerzo la carrera comenzada , y llegar al término deseado. Testigo son de esto la experiencia de cuantos han leído esta excelente produccion ; la violencia que cada uno siente en arrancarse de su lectura , la impaciencia de querer pasar adelante , y la sorpresa en los encuentros inopinados.

Este encanto es el efecto de la admirable economía y disposicion que reina en toda la obra , y juntamente de la grandeza de la accion , del juego de las máquinas , del enredo principal , y de los subordinados. ¡ Oh ! que es el alma de toda buena epopeya la viveza y lo patético de la narrativa , la fuerza y energía de las imágenes , el interés de la intriga y contraste de las pasiones , y la verdad y nobleza de los caracteres y costumbres : todo esto junto es lo que hace este poema tan admirable.

Ahora si la obra más aventajada en este género , segun la idea de Aristóteles , debe ser aquella cuya accion es la mas teatral , y por esto mas patética , mas interesante , yo no creo que alguno me convenza de que la accion de este poema pueda llegar á mas : ó sea conside-

rada en sí misma , ó al respecto de la relacion de humanidad , ó al respecto de las decoraciones del artista , ó finalmente al respecto de comparacion con otras , que han sido tratadas por ingenios muy esclarecidos. Todo en este poema concurre al enlace ó nudo , ó á la solucion principal : un incidente , una situacion viene llamando á otra : las siguientes se encadenan admirablemente con las precedentes : el interés va creciendo sensiblemente á proporcion que el peligro se hace mas urgente , y uno y otro tienen los mismos progresos. Las mismas escenas filosóficas que á primera vista solo parecen lecciones y máximas de doctrina tranquila , y en su misma tranquilidad son épicas , desde que se les prende el fuego de las que las acompañan , nada hay en ellas que sea ocioso ó supérfluo : cada una , á mas del interés particular , concurre benéfica al interés general de la empresa. Lo narrativo del poema es muy poco , lo dramático mucho mas , circunstancia que es muy esencial para conservar el interés que se difunde por un campo tan dilatado ; cualidad tan poco observada de tantos poetas , que no sabiendo , ó no queriendo moderar su genio , se explican en declamaciones tan frias como impertinentes , despreciando en ellas lo que pudiera aprovecharles en otras muy bellas escenas , en donde la naturaleza , representando en los actores su papel , encantaria tanto el ánimo del espectador , cuanto el poeta declamador lo fastidia.

Finalmente , si atendemos á la conformidad de este poema con las reglas , hallamos en él observadas las esenciales del sistema poético universal : aquellas , digo , que son igualmente fundadas en razon y en el ejemplo ; aquellas que son conformes á la *imitacion de la bella naturaleza* , hijas del genio y de la poesia , convenientes á todos los pueblos y naciones ; y no las arbitrarias esclavas vagamundas de la moda de los tiempos y del capricho de los artistas. De lo que podemos concluir que nada falta al *Hombre feliz independiente* de lo que es esencial en este género ; y que sobreabunda en aquellas maravillas del arte y del ingenio que hacen las obras instructivas , y juntamente agradables. Y que todo lo que falta ó se juzga faltarle , no es sino aquello que solamente lo haria muy semejante á otras obras de este género , sin que por eso quedase mas excelente. Por lo que tenemos un poema épico verdadero y no una imitacion ; poema conforme á las reglas sólidas de la poesia , y conforme á las máximas de la *critica juiciosa* , si nos dispensamos de obedecer lisonjeros ó supersticiosos á los arbitrios , ó por mejor decir , á las preocupaciones de la critica vul-

gar, vaga é incierta. Esto se conocerá mejor haciendo algunas reflexiones particulares.

§ II. — *De la materia de este poema.*

Si fuese verdad lo que afirma Boileau (*Poët.*, n. 199), que las verdades de la Religion y de la moral cristiana por austeras no son susceptibles de las bellezas de la poesía, sería esta una gloria singular de nuestro épico portugués: haber vencido la esterilidad del asunto, y animado á los ingenios nacionales, honrado á la poesía, á la patria y á la virtud con beneficio general de todo el género humano. Á la verdad, no puede dejar de ser cosa admirable que una breve sentencia de la Escritura (*Sap.*, VII, 12) (bien que en sí misma oráculo de sabiduría, y profundísima doctrina, mas para el ingenio y para la imitación humana sumamente austera y seca) produjese en la imitación del *P. Almeida* un río caudaloso de innumerables preciosidades de elocuencia y de poesía. Parece que toda la naturaleza universal, y todo lo que tiene de bello y de grande en todos sus objetos, todo lo que puede caber en la humana experiencia, y pintarse en la imaginación mas viva y mas dilatada, se juntó en tranquila unión en esta obra, la gala de las expresiones, las figuras de varias especies, narraciones, descripciones, imágenes vivísimas, caracteres delicados, pinturas de afectos, comparaciones propiísimas, y por todas partes mil sentencias y máximas de moral muy pura, y de la mas profunda política; todo esto hace persuadir sin entusiasmo, que *si la felicidad humana pudiese nacer de un poema, de ningún otro debería nacer, sino del Feliz independiente.* Así habló en otro tiempo un oráculo del Telémaco francés¹, no pensando ciertamente que sus voces delineaban una figura de lo que hoy vemos en la realidad confirmado con la experiencia de muchos.

Una preocupación muy antigua, nacida de la malignidad de ánimo, ó de la ilusión del entendimiento, ó en fin del sistema de los hombres, fue juzgar únicamente grandes, heroicas y admirables las empresas bélicas de los príncipes guerreros, esto es, de los exterminadores del género humano, que conforme á nuestro autor (I. V, n. 13), *van á jugar á la vuelta de un dado la sangre de su compañero, la libertad de la patria, el honor de su nación, y la vida de millares de compatriotas.* Los poemas mas célebres de las naciones antiguas sirvieron de ejemplo, el ejemplo hizo costumbre, y la costumbre hecha

¹ El autor de la *Disertación crítica sobre Homero.*

tirano despótico de los ingenios, fundó la regla, y quedó la musa épica casi siempre esclava de la preocupación, desde que los legisladores la arrimaron en sus archivos.

Res gestae regumque ducumque et tristia bella,
Quo scribi possent numero monstravit Homerus.

(*Horat.*, *De Art. Poët.*, v. 73).

Pero no consiste la pureza y santidad de nuestra Religion en fijar la idea del heroísmo, como los gentiles ciegos, en derramar mucha sangre humana. Empresas mas dignas tenemos, y de héroes á la verdad mas gloriosos, que al modo del Príncipe de Polonia han sabido solicitar por medios extraordinarios la sólida felicidad del género humano, y podemos decir con mas razón que el otro dijo, que

Cese todo lo que la musa antigua canta,
Que otro valor á mas alto se levanta¹.

Digan enhorabuena los críticos preocupados de la antigüedad y de la costumbre, que el *Feliz* no es un poema épico, porque no nos describe todo el mundo abrasado en guerras, como en la *Iliada* de Homero: que el Rey de Polonia no es un héroe tan augusto como el furioso Aquiles, ni como el astuto Ulises, ni como el pio y juntamente impío Eneas. ¿Qué heroicidad, dirán, nos representa un príncipe degradado del trono, embreñado en un desierto, ya pastor de ovejas, ya labrador cavando la tierra ingrata, ya cerrado en una mazmorra, y siempre filosofando? Mas entre tanto preguntaremos á Homero, ¿por qué se valió de la paciencia y prudencia de Ulises tan heroica, como de la furiosa ira de Aquiles, para formar el objeto de un poema? Preguntemos si el tal Ulises, protegido de los dioses, mas sufriendo una infinidad de males en su larga peregrinación, despreciado de los suyos, y hecho un mendigo, pudo ser un héroe muy espléndido, y hacer en un poema un cuadro de hermosa perspectiva. La respuesta será que no son los nombres grandes los que forman los héroes, ni que tampoco los eclipsa ni degrada la alternativa de su fortuna; sino que solo el alma y las acciones que proceden de ella, es lo que hace héroes grandes y gloriosos. Y de esta suerte, si por esta parte comparamos al *Feliz* con los demás poemas que han visto la luz, sin duda nos parecerá blasfemia horrenda el título de divinos, que á dichos héroes les concedieron prodigamente sus apasionados.

¹ CAM. LUS., *cant. I*, est. 3.

§ III.—*De lo maravilloso ó admirable de la accion épica.*

Lo maravilloso es una especie de decoracion del asunto poético: este era mas necesario á los poetas antiguos para hacer sus poemas agradables á un pueblo supersticioso con las enormes extravagancias de sus divinidades; mas un maravilloso bien entendido no deja de ser, aun en nuestros tiempos, un ornato grande de la epopeya moderna.

Ni en un siglo tan ilustrado, ni en una nacion, en donde se cultiva la literatura civilizada, parecerá extraño, antes sí laudable, que las acciones heroicas sean independientes de Júpiter, Vénus, Marte, Juno y otros dioses gentílicos. No hallaremos en el *Feliz* los extraños absurdos de las *Driades* * y *Nereidas*, con que Sannazar profanó su poema de *Partu Virginis*, queriendo divinizarlo; ni aquí fue preciso para nada su Proteo, que le profetiza la encarnacion del Verbo divino, así como en Homero pronostica la inmortalidad de Menelao. Con todo no está el gran mérito de este poema en solo carecer de estos absurdos: lo mas principal que tiene es la buena aplicacion de un maravilloso todo racional y cristiano, conveniente al asunto que le sirve de objeto, y empleado en los lugares mas importantes de la accion: dos circunstancias precisas en la fábula épica para que en ella subsista con lo maravilloso lo verosímil, lo patético y lo interesante.

Las furias infernales urdiendo el artificioso enlace; las pasiones y los vicios poéticamente personalizados como actores subalternos, concurriendo á la continuacion del mismo enlace artificioso; los sueños y visiones convenientes coadyuvando al interés de la accion; el Ángel tutelar de Polonia socorriendo al héroe en los puntos de mayor peligro: este es el género de *maravilloso*, propio de nuestra poesia, y que en nuestra era agrada universalmente á los jueces inteligentes en esta materia. Á estas iluminaciones poéticas pertenecen tambien aquellas ficciones bien pensadas de la gruta luminosa, de la aparicion de la Ninfa celeste: la del rey Boleslao; mas sobre todo, Miseno transportado á la region de los planetas y al templo de las pasiones, es bello cuanto se puede imaginar, y originalmente bello. Con razon se puede comparar con el lugar admirable del poeta latino cuando descendió Eneas á los infiernos y vió los campos *Eliseos* *; y lo que mas pasma en el P. Almeida es la brevedad de esta ficcion, y el interés universal que todos los que le leyeren han de tomar en ella, de cualquier índole ó condicion que sean.

§ IV.—*Del interés de la accion, cualidad esencial de la epopeya.*

Cási todos los autores de poética quieren que lo maravilloso sea cualidad esencial del poema épico, porque es lo que produce la admiracion; mas examinadas bien las cosas, se ve que la admiracion es el mas débil sentimiento que tenemos, como la comun experiencia lo acredita. Todos nos enfadamos pronto de admirar un héroe que no mueve á compasion, y nunca nos cansamos de lastimarnos de un héroe á quien amamos. De lo que deducimos, que la cualidad mas épica es el *interés* ó lo *patético*, que es su causa. Por lo que cualquier poema, en el que la humanidad se representare en todas las formas que mas nos interesan, así como en este del *Feliz*, solo por esto será verdaderamente épico, y podria dispensarse de esas iluminaciones poéticas que llaman admirabilidad.

La prueba es que todos los buenos poetas que conocieron esto, vemos que á cada paso están corriendo los bastidores á alguna escena trágica. Quitémosle á la *Lusada* los adioses de Andrómaca y Hector, el dolor de Aquiles por la muerte de Patroclo, ó su encuentro con el viejo Príamo; separemos de la Eneida los episodios de Laocoon y sus hijos, de Dido, de Marcelo, de Eurialo, de Palente; apartemos de la Jerusalem de Tasso la muerte de Dudon, la de Clorinda, el dolor de Armida. Rompamos de la *Lusada* uno de los mayores primores del ingenio de Camoens, quiero decir, la muerte de D.^a Inés de Castro, y la del infeliz Sepúlveda; ¿y á qué quedaria reducido el interés, si dejásemos solo lo que sirve para la admiracion? ¡Qué languida y fria quedaria la fábula de estos poemas!

Ahora vemos en esto que el talento poético del P. Almeida brilla mucho, y esta es una de las mayores ventajas de su poema hacer el asunto teatral en varios intermedios. Desde que aparece Miseno le amamos; desde luego nos declaramos sus interesados, viéndole en las montañas del Niester cavando con una azada, *para obligar al suelo ingrato á que le pague en sustento lo que daba en sudores*; y siempre lo miramos con pasion en todas las situaciones de su fortuna: y porque lo amamos apasionadamente, solo con sospechar su peligro ya tememos, y viéndole presente en el riesgo, nos perturbamos y nos lastimamos de él. Al contrario, el Conde de Moravia nos causa horror, y mueve á enfado. La constancia de Miseno en la cárcel de Constantinopla, los abrazos enternecidos de Miseno á su padre moribundo, el coloquio de Hermilla y su padre cuando fué á dejarlo caer

en las aguas, la muerte desgraciada de Neucasis, los horrores del asesino, y el deliquio de Efigenia en presencia de su tío, los lamentos de la mujer del Palatino; todos son unos cuadros hermosos que nunca se enfadará de mirarlos el lector juicioso. Estos y otros semejantes pasajes son verdaderamente el alimento del *interés*, tanto trágico como épico, y sin esto no hay belleza sólida de este género de poesía.

Non satis est pulchra esse poemata, dulcia suntu.
Et quocumque volent, animum auditoris agunto.

(Horat., De Art. Poët., v. 99).

La epopeya para satisfacer la idea de Aristóteles, no viene á ser otra cosa que una tragedia mas extendida, compuesta de un número indeterminado de escenas, cuyos intervalos ocupa el poeta como un actor subsidiario; por cuanto este filósofo asienta que la epopeya no se distingue de la tragedia sino por la extension y forma de verso. Por esta causa tal vez el poema de Milton es uno de los mas bien arreglados que hasta aquí se han descubierto, por lo que pertenece al enredo ó enlace artificioso y progresion de las escenas; pues al principio lo compuso en forma de tragedia, como lo declara el autor de la vida del mismo Milton. El superior ingenio del P. Almeida en su *Feliz independiente* nos acaba de manifestar que esta idea de Aristóteles era practicable: y su ejecucion es un nuevo descubrimiento, una cierta perfeccion que en vano la solicitamos en muchos de los buenos poetas; porque con efecto, el enlace de la intriga es una parte del poema épico, que hasta ahora se ha mirado con desprecio: y por eso quieren hoy algunos buenos críticos que la idea de un poema épico, perfecto en esta parte, solo se debe tomar del cuarto libro de la Eneida: de forma, que todo un poema entero sea ordenado al modo que lo está este libro, dimanando unos de otros todos los incidentes.

§ V. — De las comparaciones.

Verdaderamente el poema épico es como una escena vastísima, ó mas bien como un inmenso palacio fabricado con todos los arcanos de la mas sublime arquitectura; de suerte, que para que conozcamos cabalmente su fábrica, no basta solo considerar su perspectiva en general, sino que es preciso contemplarlo parte por parte, aunque sean mínimas; porque tal vez esas mismas partes mínimas por ser mas acomodadas, y por decirlo así menos voluminosas, debieron ser en el orden de la instruccion las primeras por donde se habia de

empezar á formar el gusto delicado de la juventud. En esta consideracion tenemos las comparaciones, las cuales sin duda tienen mucha parte en la narrativa cuando es verdaderamente épica; esto es, cuando ella reune el deleite del espíritu, el deleite de la imaginacion, y el deleite del sentimiento. Entonces es cuando el poeta se empeña en representar á los ojos del alma el cuadro de la naturaleza, y entonces es cuando se aprovecha de ciertas descripciones episódicas, y varias comparaciones que distinguen su narracion de la del historiador, y lo hacen mas brillante.

Y así es que debemos atender á la intencion del poeta, para decidir en la eleccion de sus comparaciones. Y como el intento mas comun en el uso de las comparaciones sea el hacer mas sensible el objeto, siempre que una comparacion lo pinte vivamente, eso solo basta: no hay mas que apetecer. Á esta perfeccion pertenecen muchas y bellísimas comparaciones de nuestro autor, y entre otras aquella comparacion del gallo cuando el Conde de Moravia mató en desafio á Neucasis, que es propiísima.

No ignoro que hay en algunos una pretendida delicadeza, con la que su presuncion atribuye fácilmente la nota de vileza á cualquier comparacion semejante: no hay cosa de que mas se espanten estos críticos: ni hay cosa que mas incite la temeridad de aquellos que celebran cualquier ocasion, aunque aparente, de aplaudir su delicadeza intentada. Ninguna comparacion es vil por sí misma; solamente son viles aquellas á quien la opinion comun atribuye la idea propia de bajeza. La opinion comun no da derecho á ningun particular de extender la idea de bajeza á cualesquier imágenes; y nadie me probará que la imagen del gallo, y otras de que usa el autor, tengan esta vileza autorizada por la comun opinion.

Ahora si consultamos la naturaleza sobre la propiedad de esta imagen, hallaremos que no hay animal mas presumido de su victoria que el gallo en sus desafios públicos. Entre los ingleses una contienda de dos gallos es espectáculo que cuesta muchos millares que se cruzan en apuestas. Añádase que no es la victoria del héroe la que aquí se compara, sino un duelo particular oculto, y de un hombre de sus pasiones irracional; y que por eso se pinta con tales colores, que merezcan desprecio. Hé aquí las circunstancias que los críticos juiciosos acostumbran pesar para no sentenciar, como se dice, *á remolque* * en estas materias, y las que un lector prudente debe atender para no ofuscarse con la niebla densa de mil opiniones tan varias como inciertas.

§ VI. — *Del estilo poético.*

Algun día pareció paradoja llamarse poema una obra escrita en prosa, como también llamarse prosa poética la oración que conserva la poesía de las cosas, dejando el metro de las palabras que constituyen el verso; de modo, que aun en una nación tan culta como la francesa, no faltó quien negase al Telémaco el título y carácter de poema, por estar en prosa. A la verdad, los versos por sí solos no dan á una obra de poesía lo que no tiene de poético, ni ella deja de ser poema, porque le falte la versificación. Esto mismo conocieron los principales maestros de poética que trataron fundamentalmente la cuestión, si el verso es esencial requisito de la poesía, de los cuales fue el *corifeo* * Aristóteles ¹. En cuanto al poema épico, no se puede dudar que se pierde mas que se gana en escribirlo en verso. ¿Y en qué verso deberemos escribir hoy una epopeya? ¿en verso rimado? Después que la crítica discernió lo que es sólido y real en las bellas artes, también se ha demostrado varias veces que no hay cosa mas quimérica, ni menos grave en la poesía épica que el sonsonete auricular de las rimas. La razón es constante, pero la costumbre prevalece á la razón, y tiraniza el genio de los poetas. Sin embargo, no faltan ejemplos de insignes poetas de varias naciones que sacudieron este yugo bárbaro, y adoptaron el verso suelto, siguiendo el camino que les abrió Jorge Trissin, en Italia, en el siglo XVI. Mas ¿qué mayor ventaja tiene esta clase de verso para el poema épico, en comparación de una prosa brillante, hermosa, viva y animada, atendiendo la insuficiencia de las lenguas modernas para causar al oído un verdadero deleite, comparable al de los versos griegos y latinos? Porque si prescindimos de la *rima* *, los versos vulgares en la estimación común, no son sino ciertos espacios terminados que muchas veces se hallan mezclados en la prosa. No se mostrará fácilmente la diferencia que tiene esta clase de prosa de nuestro autor, comparada con un buen verso del célebre Voltaire, sino por algunas sílabas que se alargan.

Por las agradables márgenes del caudaloso Niester. (*Lib. I, v. 1*).
Sur les bords fortunés de l'antique Italie. (*Henriade*, cant. 9).

La poesía épica, puesto que tenga su primer origen de la lírica, que estaba destinada para el canto, prosiguió conservando su objeto principal, que es instruir deleitando, y dejó, al menos conforme á

¹ *Arist. Poët.* cap. 1.

la costumbre presente, su accesorio, que era cantar lo que expresa; y siendo así, los versos son cosa accidental, de suerte, que ya en nuestros días algunos autores de poética solamente piden prosa poética, hablando con indiferencia de los versos. (*Bielfed Erud.*, tom. I, cap. 6. *Marmontel*, tom. I, cap. 1).

¿Qué es, pues, lo que llamamos estilo poético? Es una mayor plenitud de ideas y de sentimientos que abastece la imaginación, añadiendo un cierto colorido y armonía que se halla en la *bella naturaleza*, y de que la *simple naturaleza* no necesita: es un modo de pensar y de sentir, que distingue el espíritu poético del filosófico y del oratorio. Pues esta es la grande prerogativa con que el estilo poético se aventaja mucho á otros cualesquiera caracteres de elocuencia, animar todo lo que puede ser animado con verosimilitud, corporalizar las ideas abstractas, reuniendo así toda la naturaleza á una sociedad para la comunicación de sus atributos. Por esto mereció Homero el título de pintor sublime. Si nos dibuja un ejército marchando, este es como un fuego devorador, que impelido de los vientos, abrasa la tierra. Si es preciso temprar la ira de Aquiles, las súplicas se personalizan, y allí se ven estas hijas del Señor de los dioses con semblante triste, las mejillas cubiertas de rubor, los ojos bañados en lágrimas, y no pudiendo sostenerse sobre sus piés vacilantes, siguen á lo lejos la injuria, etc. Otros objetos distintos reciben en iguales términos un ser capaz de causar una ilusión agradable cuando caen en manos de este poeta: y hé aquí una especie de maravillas que hallaremos en gran número en el *Feliz independiente*. Si se refiere la mortandad de un ejército, dice así: *cual lobo voraz en medio del rebaño, así andaba la muerte con la funesta y cruel guadaña envolviendo en su cólera, igualmente á los valerosos y tímidos* (*lib. VI, n. 48*): semejante á la imagen de Horacio:

Pallida mors aequo pulsat pede pauperum tabernas,
 Regumque turres.

(*Horat.*, lib. I, oda 4).

Tal es aquella imagen de la muerte de Neucasis: *Retirando (el Conde) el mortífero acero, deja salir envuelta en negra sangre el alma palpitante, que furiosa y desesperada se va á precipitar en los abismos.* (Imitación de Virgilio).

Vitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.

(*Aeneid.*, lib. XII, v. 952).

Quereis que se os represente la vistosa hermosura de los caraco-

les: la imaginacion discurriendo despacio en este objeto los contempla enroscándose á sí mismos, y poniéndose de mil colores como avergonzados.

(Lib. XIII, n. 2).

Parece que estamos respirando la amenidad, y gozando las delicias de aquel sitio, en que tres encinas antiguas muy altas y muy copadas, entrelazando sus ramas hacia una sombra muy extendida, como aquel otro que nos pinta Horacio.

Qua pinus ingens, albaque populus
Umbram hospitalem consociare amant
Ramis...

Un pobre arroyuelo ya no será un vil entretenimiento de nuestra alma, cuando en él embelesada observa como saliendo de una gruta, tropezando en una roca, y cayendo se precipita por entre las piedras rodando de una en otras. (*Feliz, ibid.*). Semajante á lo que nos describe Horacio (lib. II, oda 3, v. 9).

Et liquo laborat
Limpha fugax trepidare rivo.

Ó como explicó nuestro Camoens:

De la cima del monte verde hermosa
Por entre piedras blancas se deriva
La sonora Linfa fugitiva.

ADICION.

«Últimamente, el estilo del *Hombre feliz* es puro, flúido, noble y magnífico, tiene toda la riqueza de Homero, sin tener su redundancia de palabras, no repite las cosas; aun cuando de unas mismas cosas habla, se vale de distintas imágenes. Todos sus períodos llenan el oído por su número y cadencia; nada hay en él que choque, ni palabra dura ni términos abstractos, ni rodeos afectados; nunca habla por hablar, ni por agradar solamente; todas sus palabras hacen pensar, y todos sus pensamientos se encaminan á hacer cernos sólidamente virtuosos, para ser verdaderamente felices¹.

«¡Qué descripciones no hace á este fin de la virtud tan vivas y encantadoras, qué hermosa nos la manifiesta como de bulto en las acciones heroicas de Miseno, con qué primor descubre la diferencia de las virtudes falsas y verdaderas! Al contrario, ¡qué detesta-

¹ Así hablando del *Telémaco* Mr. de Rosemay en su *Disc.*

«ble nos representa el vicio, haciendo ver su fealdad como viva en los espejos de las operaciones crueles, viles é infames del Conde de Moravia y de Neucasis!

«Mas sobre todo, para lograr el fin principal de su empeño, ¡qué ideas tan sublimes no nos da de la Divinidad; con qué propiedad, profundidad y energía nos representa á Dios en su providencia, y como hacedor amante de los hombres, mas con un amor y bondad hácia nosotros, no para abandonarnos á los ciegos destinos de los hados, ni á los locos caprichos del mundo, ni de la fortuna, sino siempre arreglados por la ley inmutable de su sabiduría infinita, que no puede menos de amar la virtud, y tratar á los hombres, no segun el número de los animales que le degüellan, sino segun el de las pasiones que le sacrifican¹!»

Otras muchas cosas pudiéramos notar en esta excelente obra, si hubiéramos de escribir mayor volúmen; pero creemos basten las breves reflexiones hechas para excitar en la juventud la curiosidad de examinar otros muchos primores de elocuencia y poesía, que juntos con la sólida doctrina moral y política, los contiene preciosamente el *Feliz independiente*. Como simples observadores solo elegimos una parte de lo que generalmente está aprobado en este género de literatura, y lo que ha merecido la estimacion de todo el mundo en obras semejantes. Ni nos detenemos en la crítica de este poema, acordándonos de lo que escribió en sus versos el célebre Driden: *Los defectos son pajas que nadan encima del agua; reconoced el fondo, si quereis hallar las perlas.*

¹ Mr. de Rosemay en su *Disc.*